

Venezuela: sociedad del conocimiento

Carlos Delgado Flores

Universidad Católica Andrés Bello

cadelgad@ucab.edu.ve

En el documento *Camino al futuro Venezuela 2035*, la expresión “importar mano de obra y tecnología” se enuncia 18 veces, en distintos contextos, como alternativa de desarrollo de las capacidades que se necesitan para generar la transformación que la visión del proyecto demanda.

Como quiera que el ejercicio de prospectiva realizado sistematiza un cuerpo de tendencias y las proyecta con un diagnóstico en reversa desde la imagen de futuro deseada (backcasting), uno de los factores cruciales y por demás complejo para su desarrollo, es el logro de un cambio cultural asociado a la transformación digital, habida cuenta de que bajo este concepto se enmarca el panorama de cambios en las prácticas sociales globales en general, y venezolanas, en particular.

Cambio cultural de una sociedad... se dice fácil. Las líneas que siguen se orientan a reflexionar, en forma crítica, sobre algunos aspectos en los cuales debe reparar la institucionalidad del país para lograr eficazmente ese cambio, de forma tal de garantizar en forma sistémica este futuro emergente, en el lapso fijado y desde el presente continuo y sus urgencias. Reflexión que cobra forma de ensayo sobre historia intelectual, para poder propiciar una comprensión más compleja de los desafíos, pero también de las promesas que el futuro emergente propone para la nación.

1. ¿Implica la digitalización una nueva modernización? ¿Qué la distingue de la industrialización de los ‘60? La modernización como entronque entre la tradición y la innovación

Una definición común de modernización la entiende como puesta al día, como actualización. La modernización como proyecto histórico alude la idea de liberar en el presente de las sociedades la carga de futuro; de allí que se le entienda como una modernidad de tipo ideológico, sustituta de una modernidad ilustrada generada por la misma sociedad del país que es objeto de una modernización (Delgado Flores, 2020); en el enfoque crítico del debate

subalternidad-postcolonialidad, la modernización es concebida como modernización postcolonial.

La lectura crítica de la modernidad de la periferia suele describirla como resultado de un proyecto hegemónico eurocentrista, enfatizando que en vez de ella, lo que ha habido en la periferia del sistema es modernización en tanto que adopción de las claves de modernidad como lógica para el diseño de la institucionalidad; ha habido ingeniería social para implantarla como cultura, con los consecuentes procesos de aculturación; el proyecto modernizador ha sido en cada caso un proyecto de élites políticas y ha tenido su corolario en la teoría del desarrollo y su evolución, desde el crecimiento económico planificado hasta el desarrollo sustentable con equidad.

La modernización, según esta concepción, es un proceso que subsume toda representación social hecha con claves distintas a las modernas, en una lógica que puede ir desde la dilución y desaparición, hasta su consagración como patrimonio, con las gradaciones y contingencias propias de los proyectos históricos nacionales. La idea de modernización denuncia el modo de producción y distribución social del conocimiento, adoptando para ello algunas categorías de la teoría crítica como la negatividad, la alienación en cuanto que incapacidad de los sujetos de constituirse en los discursos, los usos ideologizados de la racionalidad técnica, la idiotización de masas y la deslegitimación de las prácticas del capitalismo frente a la generación cotidiana del deseo, interpretado comúnmente desde enfoques psicoanalíticos. Esta visión crítica de la modernidad, cuyo ethos suele nutrirse de lo ancestral, del telurismo como validación formal, ahora parece anclarse en la idea de postmodernidad, con una peculiaridad: además de la relatoría de la crisis de los grandes relatos, la defensa del relativismo y las contingencia de las epistemologías, algunos pensadores postmodernos proponen la proyectividad de la crítica, en la idea de que con ésta, con su sentido crítico, puede construirse la alteridad radical a la modernidad, con la cual edificar, a su vez, un modelo civilizatorio alternativo.

Cabe acotar que si la modernidad eurocéntrica es ilustrada y la modernización de la periferia –en nuestro caso específico la latinoamericana e incluso la venezolana- ha ocurrido no tanto por vía de la formación, sino principalmente por la oralidad secundaria de unos medios de comunicación y una tecnología que suscribieron algunas claves de la modernidad ilustrada como base para el desarrollo de “productos culturales” y “aplicaciones”, pero que

son promovidas dentro de una lógica de apropiación diferente a la formación, que es la del consumo; si esto es así, habría que entender la modernización como un proceso de formación cultural en la nación sociológica antes que en la nación jurídica, de implicaciones mucho más complejas que las que nos puedan revelar la línea interpretativa centrada de lo institucional.

Este proceso cultural fue diseñado hace 70 años, como una apuesta por superar el pesimismo antropológico de los positivistas, generando un continuo entre tradición e innovación.

Conviene recordar lo que entendemos por tradición. Mariano Picón Salas en su *Breve tratado de la tradición*, nos recuerda que “además de instinto subconsciente y asidero emocional de todos los pueblos, la tradición tiene también un valor dialéctico no sólo en cuanto trae a la conciencia del presente experiencias del pasado y fija continuidad histórica de un grupo humano, sino replantea para el futuro problemas que fueron desviados o no encontraron adecuada solución al destino tradicional de un país...” (Picón Salas, 1952)

La industrialización ha hecho parte, hasta ahora, de la modernización como foco de institucionalización del proyecto nacional. Venezuela logró, en veinte años, el periodo que va de 1960 a 1980, cerrar la brecha de industrialización que representaba 200 años y el paso de dos revoluciones industriales, con un capitalismo de estado rentístico, una planificación centralizada y una hegemonía en la idea de modernización. Pero preservó las inequidades fundamentales: la brecha en años de escolaridad (5 años por debajo del promedio de la región y 7 por debajo del promedio global); la asimetría en la población urbana y la rural (81% de la población vive en las áreas urbanas y conurbanas de 72 de los 335 municipios del país); el sesgo de género en la prosecución escolar (de 100 niños que ingresan en primer grado de educación básica, solo 17 egresarán como bachilleres en el sistema de educación pública, y de ellos, 15 son mujeres); y el incremento desmedido de los pasivos ambientales, representado por el aumento de la temperatura media anual nacional que pasó de una variación interanual de 0,5° en 1901, a 1° en la actualidad.

2. ¿Cuál es el balance que presentamos de una modernización inconclusa?

Una de las manifestaciones de la crisis de nación que enfrenta Venezuela se puede sintetizar, acaso, en la escasa capacidad de nuestra gente para operar con eficacia la noción de valor; y cabe aclarar, no se trata de poder reconocer un repertorio de valores qué asociar a normativas

y catecismos, sino de la capacidad de dar valor, de construir valor y de preservar aquello que es valioso más allá de la elemental supervivencia.

Valor, es sabido, es una noción significativa para la gubernamentalidad moderna o incluso modernizada. A valorar se aprende, a discernir, a juzgar a partir de la sensibilidad; y esta capacidad se adquiere con la formación en el hogar antes que en la escuela, en el trabajo antes que en la deliberación ciudadana, en el cuidado de sí y de los otros, en el *Oikos* antes que en la *Polis*. Sabido es, también, que las ideas económicas juegan un papel relevante en la gubernamentalidad, ya que la expresión organizada de esta, que son las instituciones, debe basarse en la distinción entre lo público y lo privado (entre el *Oikos* y la *Polis*) para poder funcionar.

Quieren estas líneas servir de marco para el desarrollo posterior de proyectos de prospectiva histórica. Uno de ellos, singular, notable, es el realizado por el Dr. Germán Carrera Damas, cuando integró la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado, y luego recogido en su libro *La necesaria reforma democrática del Estado* (1988), donde hace casi treinta años señalaba como riesgos para la democracia venezolana, los siguientes:

“*La marginalidad*, entendida como participación escasa, insuficiente o decreciente, según las siguientes modalidades: Económica, expresada, entre otras cosas, como debilidad del mercado interno; social, como insuficiencia de la sociedad civil; política, como distorsión o deterioro de la participación y la representación; y cultural, como acceso deficiente o viciado de las estructuras y a los productos culturales. *El desempleo*, en su diversidad de situaciones y de correlaciones: en función de la dinámica económica interna y en función de la atracción de mano de obra y de destreza. *La ineficiencia*, entendida como la incapacidad para manejar los cambios de escala, en lo interno, y como incapacidad de articulación con el exterior, y expresada como: insuficiencia de recursos humanos y como mal uso de los mismos. *El agotamiento de los recursos naturales no renovables y el deterioro del ambiente*, percibidos como: disminución acentuada de las disponibilidades de agua; destrucción de los bosques; y agotamiento de la tierra agrícola de primera, por uso urbanístico o industrial y por erosión. *Las migraciones no controlables*: como factor de deterioro de la calidad de vida y como factor de desquiciamiento social. *La internacionalización de la violencia*, en sus modalidades frecuentemente vinculadas: desestabilización y desorganización política y social en áreas vecinas o relacionadas. *El tráfico de estupefacientes*, como uno de los problemas más serios que se ha tocado enfrentar en los últimos tiempos, que se ha convertido en asunto de difícil contención, que desafía abiertamente nuestros países. El narcotráfico es una manifestación transnacional que debe ser abordada en el marco de la cooperación internacional” (Carrera, 2006)

E igualmente, quieren también estas líneas esbozar una respuesta a una idea que puede ser clave para interpretar la formación y crisis del proyecto nacional, desde el presente continuo hacia el futuro; esta idea es la poca capacidad de construir (dar) valor que tienen los venezolanos como consecuencia de una modernización inconclusa, que preservó las condiciones de un apartheid, construido desde el triunfo (final) del pesimismo antropológico de los positivistas trasvasado a los campos en los cuales se constituye la gubernamentalidad como arquitectónica de gobierno y según Foucault (2005), suma de cuatro dispositivos: razón de estado, economía política, dispositivos de sujetualidad y control biopolítico.

En el inmediato presente y al cierre de la larga línea de la modernización, Venezuela muestra un apartheid cultural compuesto por gente modernizada y gente que quedó excluida de la modernización. Esta exclusión tiene por lo menos 70 años en desarrollo, con alcance a por lo menos tres generaciones y es una consecuencia no prevista del proyecto histórico, ocurre cuando la ciudad no genera estructuras de acogida para la migración rural que se desplaza a las zonas urbanas en búsqueda de la modernización de sus propias familias. Esta exclusión en el presente interpela la acción de las instituciones a lo largo del proceso, denuncia la persistencia en el tiempo de la idea de sociedad prescrita en la colonia, en conflicto con el surgimiento de una clase media capaz de autonomizarse, de generar sus propios medios de producción. Esta exclusión nos moviliza nuevamente, pero ahora hacia otras naciones, donde podamos incorporarnos y proseguir la modernización familiar, entendida como el proyecto, de las generaciones, de construir una vida mejor.

El pensamiento positivista venezolano mantuvo esta idea de sociedad, con ella justificó la autocracia gomecista bajo la idea del gendarme necesario y posteriormente, durante el postgomecismo, la idea de modernización como la empresa de una oligarquía de base agraria. La ruptura de esta idea se vio representada por el cambio de valoración de la antropología de la venezolanidad -lo afirmativo venezolano - y por el surgimiento de dos proyectos modernizadores, el populista y el desarrollista, cuya crisis contemporánea está ilustrada por la sustitución de las élites que lo llevaban a cabo, la diáspora de las familias modernizadas, la destrucción de la institucionalidad, el surgimiento del pranato como expresión práctica de un paraestado y la instauración tanto de una tecnocracia como de una burocracia nacionalistas con escasa conciencia histórica de los alcances de la modernización.

Ello ha incidido en que Venezuela, hoy, tenga institucionalismo sin instituciones, recursos y potencialidades, pero gente con escasa capacidad de dar valor y un precario repertorio de recursos para la disyuntiva histórica que el presente plantea.

3. ¿Es la digitalización una forma aplicada del cambio de época? ¿Qué es este cambio de época? La sociedad del conocimiento

La digitalización describe un proceso más profundo de transformación del modo de producción que la industrialización, en tanto constituye ecosistemas digitales que operan economías de conocimiento; *complexus* tecnológicos que conforman lo que Klaus Schwab define como IV Revolución Industrial:

La Cuarta Revolución Industrial genera un mundo en el que los sistemas de fabricación virtuales y físicos cooperan entre sí de una manera flexible a nivel global. Sin embargo, no consiste solo en sistemas inteligentes y conectados. Su alcance es más amplio y va desde la secuenciación genética hasta la nanotecnología, y de las energías renovables a la computación cuántica. Es la fusión de estas tecnologías y su interacción a través de los dominios físicos, digitales y biológicos lo que hace que la Cuarta Revolución Industrial sea diferente a las anteriores. (Schwab, 2016)

Pero la tecnología es como la punta de un iceberg, donde la masa oculta es la cultura; si ella se entiende no como el artefacto, sino como la funcionalidad que este permite, se puede ver continuidad entre organismo y técnica (Canguilhem, 1965) y, asimismo, constructividad. Maldonado (2007), glosando a Latour (1987) señala: “lo que se hace en los laboratorios (...) no es algo que ocurre fuera de la sociedad sino (...) a través de la sociedad (...) el atravesamiento no se refiere a la sociedad en abstracto sino a los aparatos que la convierten en un sistema en funcionamiento, es decir, a los aparatos de gestión, producción y socialización.” A partir de allí puede ofrecerse un concepto pragmatista: tecnología es conocimiento con aplicación técnica, reconociendo además que el ámbito del conocimiento es mucho más amplio y complejo, pues forma parte el reino del sentido.

Un acercamiento crítico a estos últimos 50 años de Modernidad nos muestra que hay procesos en marcha de transición paradigmática tanto en ciencias físicas y tecnología como en ciencias sociales y humanísticas, que se inscriben en lo que Thomas Kuhn (1962) describe en *La estructura de las revoluciones científicas*, como fase científica y surgimiento de anomalías: conjeturas alternativas que cuestionan las conjeturas propias de los paradigmas

dominantes, que entran en debate y que en un momento determinado, lo ganan, pasando a ser, ahora, las conjeturas reseñadas por el Estado del Arte. Se puede antologizar un conjunto de conceptos distribuidos principalmente en los últimos 50 años, cuya interconexión plantea debate a los paradigmas hegemónicos de la modernidad, pero a la vez abre opciones a paradigmas alternativos, que apuntan hacia la singularidad como posibilidad, estos son: inteligencia artificial (1943), Vacunas y Antibióticos (1948), Giro lingüístico (1953), Ciencias cognitivas (1959), III Revolución Industrial (1970), Energía limpia (1970), gobierno abierto (1970), Teléfono móvil (1973), Computador personal (1980), Revisiones artísticas / postmodernidad (1980), Internet (1993), criptomonedas (2009), Blockchain (2009) y Regímenes híbridos (2010), entre otros. (Delgado Flores, 2022)

La suma de esos cambios paradigmáticos, en el marco de un cambio en el modo de producción, da a la digitalización la misión de empoderar un conjunto de prácticas sociales que hacen presión sobre el modelo civilizatorio, en lo que ya se va percibiendo como cambio de época, y a la cual ya se describe bajo la idea de la emergencia de la *Sociedad del Conocimiento*.

Se habla de Sociedad del Conocimiento desde hace poco más de 50 años, cuando Peter Drucker en *La era de la discontinuidad* (1969) se refirió al predominio creciente de las industrias de la información por encima de las empresas del sector terciario. Sin embargo, sería en una obra posterior, *La sociedad postcapitalista* (1993) donde identificaría al conocimiento como generador de riqueza en las organizaciones y en la sociedad, antes que al trabajo como proceso de transformación de la materia en mercancía (proceso industrial), para lo cual habría de requerirse en las organizaciones la voluntad de sistematizar y organizar la producción de conocimiento. Vale decir que establecer el conocimiento como fuente de productividad pasa por considerarlo como bien intangible y a la organización como constituida en los lenguajes que soportan ese conocimiento.

Y como corresponde a los cambios de época, este no transcurre exento de tensiones. La emergencia de la Sociedad del Conocimiento transcurre, aparejada, con la crisis de la globalización liberal, la cual ha mostrado dos hitos, representados en el 11 de septiembre de 2001, por los ataques del terrorismo fundamentalista de Al Qaeda a Estados Unidos (World Trade Center, Pentágono) y por la crisis del sistema financiero global de 2008-2010, consecuencia del rescate de derivados hipotecarios que desencadenó la quiebra de numerosas

instituciones financieras en Estados Unidos y Europa y afectó a varias naciones. Como respuesta de esa crisis, hay una reacción global que alinea movimientos sociales en red e innovaciones basadas en tecnología que intentan prescindir del tercero confiable, idea sobre la cual se han constituido las instituciones contemporáneas de las sociedades nacionales. Se gesta una revolución silenciosa que involucra a más de 60% de la población mundial que, a menos de treinta años del surgimiento de Internet, ya tiene acceso.

En la globalización liberal, las subalternidades fundamentalistas se enfrentan a las tecnocracias nacionalistas y este enfrentamiento muestra el agotamiento del liberalismo accionado desde claves conservadoras (consenso de Washington) y trae consigo regresiones hacia el desarrollismo o el populismo, cuando no la proliferación de regímenes híbridos, en lo que comienza a ser visto, alternativamente, como el agotamiento de la tercera ola de democratización (Huntington), o la crisis de la noción de poliarquía (Dahl), o el agotamiento paradigmático de la idea de justicia para (Rawls).

Por otro lado, el emerger de la sociedad del conocimiento ejerce tanta presión sobre lenguajes y formas de configurar la realidad, que impacta la modernidad ilustrada concebida desde la confluencia del surgimiento de la imprenta de tipos móviles y la traducción de la biblia al alemán por Martín Lutero; con la formación de las sociedades nacionales basadas en lenguas, patrimonios étnicos y modos de producción autónomos territorialmente unos de otros; y con las sociedades burguesas capitalistas, basadas en oficios y artes liberales primero, y en emprendimiento, después. Así, de la mano de la digitalización surge una modernidad oral (no escrituraria), policéntrica, en donde propiedad y valor no necesariamente van de la mano y en donde las instituciones se modulan por un ejercicio de la ciudadanía que es dialógico (retórico), cosmopolita y virtual, que empodera redes de comunidades de práctica que recuerdan *-mutatis mutandi-* a los gremios medievales.

4. Cuáles son los riesgos de “importar mano de obra y tecnología” La ingeniería social. El minimax y el rentismo

Preservar las racionalidades hegemónicas de la tradición, sin valorar el cambio cultural que la Sociedad del Conocimiento implica, para constituir con ello el punto de partida desde el presente para la marcha prospectiva, entraña no pocos riesgos que pueden limitar el alcance del desarrollo de las capacidades necesarias para encarar el desafío. Uno de ellos es el no

producir condiciones estructurales, insularizar el conocimiento, naturalizar nuevamente las inequidades e incluso institucionalizarlas. Otro, acaso más costoso; al generar procesos de inmigración selectiva, producir nuevos episodios de ingeniería social, que produzcan nuevas formas de colonialidad en retraso de la necesaria rehabilitación de la comunidad.

Dos criterios de uso común en la toma de decisiones empresariales propician estos riesgos: uno, el criterio de maximización en la inversión (minimax) y el otro, gestionar los negocios sin una clara comprensión del modo en que las cadenas de valor se interceptan generando complejidad económica, invirtiendo en negocios de cadena corta cuyo valor se mida principalmente en términos de renta. Si se quiere evitar que el camino al futuro termine siendo como lo describe la sentencia bíblica: un “remiendo nuevo en paño viejo”, es necesario cambiar las racionalidades que soportan la comprensión de la imagen de futuro.

5. La Sociedad del Conocimiento en Venezuela.

Es verdad que construir una Sociedad del Conocimiento en Venezuela es un desafío mayúsculo, habida cuenta de que un país con 4,5 millones de hogares de desertores escolares, con una tasa de 12 patentes por cada millón de habitantes entre 2009 y 2013 (UNESCO, 2018 p 196), una pérdida territorial de 16% de los investigadores universitarios (Requena et al, 2021) y el incremento de la pobreza multidimensional hasta 65% de la población (UCAB, 2018), no está en condiciones objetivas para plantearse, siguiendo los estándares internacionales. Pero tampoco en 1960 era realista hablar de industrialización.

Se pueden implementar esquemas colaborativos entre centros de investigación, empresas generadoras de capacitación y el sistema educativo; se puede construir la integración entre universidad y la empresa con iniciativas de innovación abierta; se puede capitalizar el *Know how* migrante, incorporándolo a redes de innovación; se puede desarrollar la complejidad económica, y privilegiar la construcción de una cultura de emprendimiento, innovación y generación de valor de manera sistémica, como marco para las inversiones, construyendo proyectos que cuiden tanto su ruta crítica como su curva de aprendizaje. Se puede cambiar la antropología y propiciar el diálogo de saberes para combatir el sesgo de confirmación y el punto ciego donde ignoramos que no sabemos que no sabemos. Todo eso se puede hacer, pero debemos ser capaces de pensar fuera de la caja.

Una pista: de la caja se sale por arriba.

Referencias bibliográficas y documentales

- Canguilhem, G. (1965). *El conocimiento de la vida*. Edición en español, Anagrama. Barcelona (1976)
- Carrera Damas, G (2006) *Venezuela: Proyecto nacional y poder social*. Universidad de los Andes, publicaciones del vicerrectorado académico. Mérida, Venezuela. Primera edición 1986, segunda edición 2006.
- Delgado Flores, C. (2022). Transhumanismo, tecnología y comunicación, en la emergencia de la sociedad del conocimiento. *Temas De Comunicación*, (45), 107–122. Recuperado a partir de <https://revistasenlinea.saber.ucab.edu.ve/index.php/temas/article/view/5891>
- Delgado Flores, C. (2020). Las políticas públicas culturales en la modernización venezolana. Una aproximación desde las teorías económicas. *Temas De Comunicación*, (36-37). Recuperado a partir de <https://revistasenlinea.saber.ucab.edu.ve/index.php/temas/article/view/4497>
- Foucault, M. (1999) *Estética, ética y hermenéutica (vol. 3): obras esenciales de Michel Foucault*. Paidós, España
- Kuhn, T. (1962). *La Estructura de las Revoluciones Científicas*, México, Fondo de Cultura Económica. (Edición de 1998)
- Latour, B (1987). *Ciencia en acción. Cómo seguir a científicos e ingenieros a través de la sociedad*. Edición en español, Labor, Barcelona (1992)
- Maldonado, T. (2007) *Memoria y conocimiento: sobre los destinos del saber en la perspectiva digital*. Barcelona, Gedisa, colección cibercultura.
- Picón Salas, M. (1962) *Pequeño tratado de la tradición*. Caracas.
- Requena et al (2021) Migración de investigadores venezolanos: impactos e implicaciones de política pública. *Revista Interciencia*, vol. 46, núm. 1 , págs. 8-18.
- Schwab, K (2016) *La IV Revolución Industrial*. Debate, Colombia.
- UNESCO (2018) informe de la UNESCO sobre la ciencia hacia 2030. Panorámica de América Latina y el Caribe. www.unesco.org/open-access/terms-use-cckynd-sp